

M. Alexeev

## Turguénev y los escritores españoles

### I



El interés de I. S. Turguénev hacia la lengua y la literatura españolas ha sido señalado más de una vez por los investigadores. Desde fines de la década del 40 del siglo pasado encontramos en sus cartas frecuentes testimonios de ello. En octubre de 1847 Turguénev escribía desde París a Paulina Viardot: «He tomado ya un profesor de español, el señor Castelar»; y en noviembre del mismo año le comunica: «Todas las tardes nos reunimos alrededor del brasero español y hablamos en español». Efectivamente, en aquella época Turguénev se ocupaba seriamente de la gramática española y trabajaba con interés para perfeccionarse en el habla y en la escritura de esta lengua. En este trabajo voluntario suyo, que duró mucho tiempo y con constancia desacostumbrada en él, se suele ver generalmente un especial agradecimiento y admiración de Turguénev por Paulina Viardot García, española de nacimiento, el resultado de la posible influencia de ésta, y, por último, el deseo de Turguénev de establecer relaciones más estrechas con la familia Viardot, en donde se oía continuamente un ejemplar idioma español. No obstante, no debe olvidarse que precisamente la década del 40 fué una época en la que en Rusia existía un gran interés por España.

Aquellos fueron años de frecuentes peregrinaciones rusas a España, de admiración por el exotismo de su naturaleza y costumbres, de gran influencia de España sobre la literatura y el arte rusos. Esta corriente surgió en nuestro país ya en la década del 30, debido a la gran influencia del «hispanismo» francés, y, en parte, del «hispanismo» romántico inglés; pero diez años más tarde el «hispanismo» ruso había dejado de ser un simple eco de la moda europea y adquirió un nuevo apoyo gracias al estudio independiente de España y de su cultura. Era cada vez más frecuente el encontrar en nuestro país a personas que conocían España no por haber oído hablar de ella, ni por los libros de Merimée, Musset, Dumas o Teófilo Gautier, sino por impresiones personales. Cada día era también más frecuente encontrar entre los literatos rusos gente que conocía el idioma español. Si a fines de la década del 30, M. N. Zagoskin, que no sólo no conocía el idioma español, sino, según atestigua I. I. Panáiev, ninguna otra lengua de la Europa Occidental, puede, en contra de las objeciones de sus amigos, escribir con desenvoltura novelas cuyo argumento se desarrolla, en gran parte, en España («Nostalgia por la patria», 1839); si N. A. Polevoi, cediendo asimismo a las demandas de los lectores, componía hábilmente dramas románticos sobre temas españoles («Madre española», 1842), no podía ya, por consiguiente, considerarse en este tiempo el conocimiento del idioma español en Rusia como una excepción.

Entonces M. N. Lijonin y P. A. Korsakov traducían a los poetas españoles directamente de sus obras originales. K. Timkovski había empezado a traducir a Calderón (El teatro español», San Petersburgo, 1843) y publicaba en las revistas de la época sus traducciones de otros dramaturgos españoles. En 1838, K. Masalski dió ya una nueva traducción rusa de «Don Quijote» que, a pesar de destacar en ella numerosas fallas, fué hecha, sin duda, basándose en el original en español. Es muy característico el hecho de que en los mismos años, I. Rut. mo-

desto bibliotecario de Petersburgo y fiel hispanófilo, publicara su libro «Reglas para el estudio del idioma español» (San Petersburgo, 1840) con el que, según sus propias palabras, «trataba de hacer accesible el estudio del armonioso idioma español y de su magnífica literatura a los jóvenes rusos» que desearan conocerlo.

Turguénev no permaneció al margen de esta viva atracción por España. La primera obra dramática de Turguénev publicada, «La imprudencia» (1843), como se sabe, está escrita al estilo de la famosa colección de mixtificaciones dramáticas de Próspero Mérimée que forman su «Teatro de Clara Gazul», «La imprudencia» de Turguénev fué su última aportación literaria a los apasionamientos románticos de la juventud, pero algunos años después, estando en París, debió caer nuevamente bajo la influencia del interés general que reinaba allí hacia el futuro de España donde, igual que siempre, tenía lugar una encarnizada lucha de partidos políticos (1). Naturalmente, Turguénev no pudo escapar a la sugestión puramente artística de España, que hasta entonces conocía sólo a través de los libros, y que en París era incluso más intensa que en Rusia: en las costumbres, en el arte, en los mismos libros. Para muchos rusos, París era en aquella época el centro natural en donde se proyectaban y desde donde se iniciaban casi todos los viajes a España.

En mayo de 1845, M. I. Glinka marchó de París a España, a donde le atraía «un viejo sueño, un sueño de la juventud», que había granado y madurado durante su permanencia en Francia. Glinka partió para España después de haberse preparado minuciosamente para su viaje, habiendo estudiado con todo interés durante cerca de un año el idioma español. Dos meses después partió para el mismo país prometido, para el país romántico el íntimo amigo de Turguénev, Vasili Petróvich

(1) En las cartas de Turguénev se encuentra el nombre de Espartero, nombrado Regente de España durante la minoría de edad de Isabel II, se cita a los «carlistas» y a los partidarios de «María Cristina».

Botkin, Es interesante anotar que Botkin salió de París acompañado por N. M. Satin y por Turguénev, y juntos se dirigieron al sur de Francia, pero luego sus caminos se separaron, Turguénev llegó hasta Bayona, acompañó a Satin a Bareges y después sólo se dedicó a «viajar» por los Pirineos. Desgraciadamente se tienen pocos datos sobre este viaje suyo a la misma frontera franco-española: el manuscrito de Turguénev «Algunos días en los Pirineos (que se conserva en la Biblioteca Pública del Estado de Leningrado, no ha sido aún publicado) (1).

En el mismo año en que Turguénev, bajo la dirección del señor Castelar, comenzó a estudiar asiduamente en París el idioma español, Glinka trajo de España a Novospasskoie una colección de canciones populares españolas y las partituras, compuestas a base de ellas, de sus obras sinfónicas sobre temas españoles. En «El Contemporáneo» comenzaron a publicarse regularmente «Las cartas sobre España» de V. P. Botkin. V. Belinski, que cuidaba de su publicación, a veces se quejaba a su autor de que había sufrido durante la corrección lo bastante para maldecir tanto de ti como del idioma español»; otras veces le comunicaba que sus «Cartas» habían gustado mucho al público. «Yo preveía este éxito—escribía Belinski a Botkin (4-8 de noviembre de 1847). En los últimos diez años se ha escrito en los periódicos continuamente sobre España; pero la curiosidad había sido sólo excitada y no satisfecha de ninguna forma, tanto más que España seguía siendo para nosotros la tierra incógnita. Pero he aquí que ahora escribe un hombre que ha visto España con sus propios ojos, que conoce el idioma... Y por eso te digo que con respecto a España te has vuelto una autoridad...»

Por consiguiente, en el hecho mismo del intenso estudio del idioma español por Turguénev a fines de la década del 40, no hay nada de inesperado o extraordinario. Puede considerarse

(1) M. K. Kleman: «Historia de la vida y obras de I. S. Turguénev». Academia, 1934, pág. 39.

se este hecho no sólo como una consecuencia de la gran amistad de Turguénev con la familia Viardot, sino también como un caso particular de la atracción general por el «hispanístico»; posiblemente, incluso como el resultado de una especie de rivalidad entre Turguénev y sus amigos, por ejemplo con el mismo Botkin. Las relaciones con la familia Viardot, en particular la amistad de Turguénev con Manuel García, hermano de Paulina, podían únicamente aumentar el interés de Turguénev hacia España y hacer que las lecciones con el señor Castelar fueran particularmente provechosas.

## II

De todas formas, la autoridad del mismo Turguénev como «hispanista», aumentaba cada mes de sus estudios. En las cartas a Viardot aparecen cada vez con más frecuencia refranes españoles, giros y expresiones idiomáticas. A Turguénev le gustan las despedidas tradicionales españolas: «Que Dios bendiga a Ud.» o «Que Dios os bendiga», hace alarde de citas en español. En una carta a Viardot (1848), le comunica que para mejor asimilar el idioma español «había leído todo *Gil Blas* en español», que está traduciendo «*Manon Lescaut*» del francés al español, y que para practicar «mantiene correspondencia» con otro alumno de su profesor de español, «correspondencia anónima, que no tiene otro objetivo que el de nuestro perfeccionamiento en el estudio de la magnífica lengua castellana» (1). Las clases iban tan rápidamente y con tales resultados que pronto Turguénev podía ya leer libremente los textos españoles originales.

En las mismas cartas a Viardot (1847-1848), Turguénev le escribe que estaba leyendo con verdadera avidez a Calderón («y naturalmente en español»), y que se sentía completamente «calderoniano» (cartas del 19 y 25 de diciembre de 1847) y tra-

---

(1) En español en el original.

zaba un paralelo entre Calderón y Shakespeare: Calderón «es el mayor poeta dramático católico que ha existido en todos los tiempos, así como Shakespeare es el poeta más humano, el más anticristiano». Turguénev leyó atentamente los dramas de Calderón «La devoción de la cruz», «La vida es sueño» y «El mágico prodigioso»—el «Fausto español»—, y en sus cartas hizo un análisis detallado de estas obras. La impresión que ejercen sobre él estas lecturas se conservó durante mucho tiempo: en la carta del 25 de septiembre de 1841 traza un paralelo entre el príncipe Segismundo, del drama de Calderón «La vida es sueño» y Hamlet, y aquí encontramos el germen de una de las antítesis que adquirieron acabada forma muchos años después, en el famoso discurso de Turguénev «Hamlet y Don Quijote» (1860).

A este mismo tiempo indudablemente corresponde el estudio de Cervantes hecho por Turguénev sobre el original español. En estos trabajos Turguénev pudo aprovechar la ayuda amistosa de Louis Viardot, marido de Paulina. Louis Viardot, «el señor Luis», como le llama Turguénev en sus cartas, alcanzó renombre literario como traductor y autor de un gran prólogo biográfico y crítico a su edición de «Don Quijote». Turguénev conocía bien esta traducción (1836-1837) que vino a reemplazar para los lectores franceses la arcaica traducción del «Don Quijote» de los tiempos de Florián, y su prólogo («Notice sur la vie et les ouvrages de Cervantes»), que él ya en el ocaso de su vida (1879) propuso a Stasiulevich publicar en una magnífica traducción en las páginas de «El mensajero de Europa». (1)

(1) La traducción francesa de «Don Quijote», hecha por L. Viardot y, principalmente su prólogo, fué editado repetidas veces (Ver L. Ford and R. Lansing Cervantes, A tentative bibliography. Cambridge. Mass. 1931, 64, 65, líl). Al proponer a Stasiulevitch editar la traducción rusa del prólogo (ver «Stasiulevich y sus contemporáneos» t. III, pág. 164). Turguénev no sabía que ya había sido traducido al ruso y publicado por K. Masalski como prólogo de su traducción rusa de «Don Quijote» (1838).

A partir de 1856 comenzó el trabajo de Turguénev sobre el estudio «Hamlet y Don Quijote», que al principio planeó como un artículo periodístico y terminó cuatro años después como un discurso que pronunció el 10 de enero de 1860 en la primera de las conferencias públicas en Petersburgo organizadas por el «Fondo literario». No cabe duda de que el profundo conocimiento del texto de «Don Quijote» por Turguénev, en cierta medida era consecuencia, naturalmente, de su estudio del idioma español a fines de la década del 40, pero es interesante subrayar la enorme cantidad de tiempo que Turguénev dedicó al estudio de esta gran obra española. «Don Quijote» fué realmente un compañero de toda la vida de Turguénev; el texto español de esta novela está ligado con muchas obras del mismo Turguénev; tanto con su discurso sobre «Hamlet y Don Quijote» como su obra «Vísperas».

En 1877, en uno de sus agudos momentos de cansancio creador y desilusión, Turguénev escribía a I. P. Polonski sobre su decisión inquebrantable de abandonar el trabajo literario, y añadió: «Para no perder la costumbre de la pluma, seguramente me ocuparé de traducciones. Pienso en «Don Quijote», en Montaigne. A lo mismo se refiere P. Boborikin en una de sus opiniones sobre Turguénev. Describiendo una de sus entrevistas con Turguénev, Boborikin recuerda que Iván Serguéevich, ya durante su enfermedad, poco antes de morir, conservaba aún su viejo y ardiente deseo: «Escribiré aún algo—dijo—.¡Pero cuántos años sueño con hacer una buena traducción de «Don Quijote»! (1)

A propósito, es curioso anotar aquí que en 1866 Turguénev rogaba a Dudisfikin que le dijese cuánto le quedaba aún debiendo, y le proponía pagar «en especies»; «tengo hecha una traducción de un pequeño, pero magnífico cuento de Cervan-

---

(1) P. Boborikin: Turguénev en su casa y en el extranjero. «Novosti» («Novedades») 1883. N.º 177.

tes «Rinconete y Cortadillo». Calderón y Cervantes fueron las dos impresiones más fuertes que recibió Turguénev de la literatura española: la primera la experimentó en la época de sus primeros estudios del idioma español, época sobrevivida, y, al fin, esfumada; la segunda es reavivada con frecuencia y tuvo una influencia enorme sobre su pensamiento creador.

Otras impresiones de la literatura española, clásica y contemporánea, fueron ya tan brillantes y persistentes, desapareciendo pronto en el torrente general de sus diversas lecturas en todos los idiomas europeos. En una ocasión Turguénev leyó la novela histórica de Martínez de la Rosa (1787-1862) «Doña Isabel de Solís». «La he leído para practicar en el idioma español—escribía a P. Viardot—. «Que me perdonen vuestros compatriotas, si toda su literatura contemporánea fuera del mismo tipo, toda ella sería pueril. Son interesantes únicamente las citas de los anales históricos». Esta opinión no parece demasiado severa. «Doña Isabel de Solís» es una típica novela española de la época romántica, escrita por un imitador de Walter Scott.

No tenemos datos suficientes para juzgar con qué atención seguía Turguénev la literatura española de su tiempo, pero no cabe duda alguna de que conoció el florecimiento del realismo que siguió a los acontecimientos revolucionarios de 1868-1874, y de que se interesaba por el desarrollo de la intelectualidad progresiva española, por la penetración en España de las nuevas ideas sociales políticas y literarias de Europa. Es curioso observar que en las cartas de Turguénev de los años del 70, comienzan a aparecer de nuevo palabras, frases y proverbios españoles que durante algún tiempo habían desaparecido por completo de su correspondencia. En una de sus cartas a Ludwig Pich (1871), Turguénev escribía: «Pietschio de mi alma»; en otra carta al mismo (1874), Turguénev observa: «mientras transcurren estos nueve días nuestras almas, como dicen los españoles, estarán pendientes de un «hilo»; en la tercera:

«Sin novedad, como dicen los españoles» (1875). Este eco de nuevas lecturas españolas se encuentra en los mismos años no sólo en las cartas, sino también en las obras de Turguénev. En su estudio «El hombre de los anteojos grises» (1879), que forma parte de los recuerdos literarios y cotidianos», encontramos estos versos españoles:

Por un placer mil dolores  
Guerra, caza y amores.

¿Qué causa produjo este resurgimiento de los viejos recuerdos de la viva habla española, hace mucho tiempo callada ya en la familia Viardot? ¿La lectura de nuevos libros y periódicos en español? ¿O acaso fuese la causa de nuevos conocimientos españoles? Los biógrafos no recuerdan nuevas amistades españolas de Turguénev en su vejez. No obstante, estos nuevos conocimientos existieron, pues Turguénev mantuvo correspondencia con escritores españoles, si bien es verdad que sin duda no fué muy extensa.

### III

En la larga lista de los amigos europeos y admiradores de Turguénev faltaban hasta hoy día los nombres españoles. Es necesario completar dicha lista con estos nombres. Tenemos informaciones fidedignas de I. I. Pavlovski sobre la correspondencia entre Turguénev y Benito Pérez Galdós (1845-1920), uno de los mejores escritores españoles de fines del siglo XIX y comienzos del XX. I. Pavlovski no es un profano en lo que se refiere a la biografía de Turguénev. Al principio de la década del 70 participó en la organización en Tanganrog de un círculo revolucionario de la juventud, estuvo un año en la cárcel, fué juzgado y luego deportado al extranjero. Apareció en París en el verano de 1878, pasando en seguida, a formar par-

te de los círculos de emigrados. Pronto encontró la manera de acercarse a Turguénev. Turguénev escribió un breve prólogo laudatorio a las crónicas de Pavlovski: «En el exilio solitario. Impresiones de un nihilista», publicados en francés en 1879. Dicho sea entre paréntesis, la persona de Pavlovski, lo mismo que sus obras, no merecían gran confianza: pronto fué desmascarado como renegado y hábil buscavidas, que se había conquistado la confianza de los escritores franceses y de los emigrados rusos. E. P. Semiénov le denomina «el ramplón número II», caracterizándole como «hombre sin conciencia ni principios, que comercia con su huída al extranjero, debido no se sabe a qué causa», sin negar, es cierto, las amplias relaciones y amistades de Pavlovski en el mundo literario europeo. A fines de los años del 70, Pavlovski trabajó en calidad de corresponsal en varios órganos de prensa. «Tuvo una suerte especial con Iberia—observa el mismo E. Semiénov—. «Además de sus correspondencias comenzó a escribir folletines literarios sobre la nueva literatura ibérica, poco conocida entonces, y sobre los escritores, para lo cual se proveyó oportunamente de cartas de recomendación en París» (1). Parte considerable de estos folletines fué editada luego en libro aparte titulado «Esbozos sobre la España contemporánea». En este libro encontramos, en verdad, descripciones de entrevistas y conversaciones de Pavlovski con muchos escritores españoles y catalanes—Castelar, Galdós, Guimerá, Jacinto Verdaguer, y otros—descripciones no privadas de interés desde muchos puntos de vista, por basarse en impresiones reales. Al describir su entrevista con Benito Pérez Galdós, ya entonces famoso autor de las novelas «La fontana de oro» y «El audaz», así como de una parte considerable de la primera serie de los «Episodios nacionales», Pavlovski dice: «Antes yo conocía algo a este representante de las bellas letras españo-

---

(1) E. P. Semiénov: «En el país del exilio» (Del libro de apuntes de un corresponsal). edición 2.<sup>a</sup> San Petersburgo, 1912. págs. 95, 97.

las contemporáneas, le conocía por correspondencia. Me ha afectado terriblemente la muerte de Turguénev—me dice Galdós—; era mi gran maestro, conozco todas sus obras y le quiero como a un amigo, aunque no le haya conocido nunca personalmente. *Me ha escrito dos veces y guardo sus cartas como una reliquia. Debe saber que entre nosotros es un escritor muy célebre*» (1).

Las cartas de Turguénev a Pérez Galdós no han sido publicadas, pero parece que el citado relato de Pavlovski merece crédito. La entrevista de Pavlovski con el novelista español se efectuó en los años 1884 ó 1885, poco después de la muerte de Turguénev. No mucho tiempo antes, Pavlovski había publicado sus «Recuerdos sobre Turguénev» (París, 1884), por lo tanto es natural que en su entrevista con Galdós se refiriera al gran escritor ruso a quien en aquellos tiempos dedicaba tanta atención toda la prensa europea. También parece muy verídico que Turguénev, en los últimos años de su vida hubiera podido interesarse por Galdós. Siendo éste uno de los escritores más progresivos de su tiempo, enemigo del clericalismo, considerado actualmente, no en vano como uno de los propulsores de la literatura revolucionaria española de nuestros días, pudo atraer la atención de Turguénev, tanto como personalidad política, como publicista radical o como fecundo escritor.

En el mismo libro de Pavlovski encontramos sus relatos sobre su conocimiento con la escritora española Emilia Pardo Bazán, cuya actividad literaria está relacionada con la difusión del naturalismo de tipo francés en la novela española de los años del 80 y con la propaganda de literaturas extranjeras. «Con Pardo Bazán—escribe Pavlovski—entablé conocimiento en París. A mediados del invierno, empezó a aparecer diariamente en los Salones de París y en los círculos literarios su figura original. Muy morena, rechoncha, con un bello perfil romano y

(1) I. Lákovlev (I. I. Pavlovski): «Esbozos de la España contemporánea». San Petersburgo, pág. 172.

con lentes sobre la nariz, incorregible discutidora y conversadora, se la encuentra uno en todas partes: en el salón de Mme. Ganier la «tragadora de popes», en los estrenos, en los aburridos bailes de los ministros del Presidente de la República, en las reuniones de los jóvenes literatos, en las matinés dominicales de Goncourt o en las veladas íntimas del agente de don Carlos, el duque de Aguirre. En los días laborables, hasta las cuatro de la tarde encontraréis infaliblemente a doña Emilia en la gran sala de la Biblioteca Nacional, hundida en la lectura de enormes librotos.

Pardo Bazán es propiamente una novelista, pero en las horas de ocio se transforma en una crítica literaria que difunde el miedo y el horror en el mundo literario español!». Relatando su biografía y haciendo simultáneamente el análisis de algunas de sus obras críticas, Pavlovski llama a la escritora «admiradora de Flaubert, Goncourt, Daudet, Zola y Turguénev» y que «aprecia más que nada en ellos, la veracidad y el conocimiento de la vida». Por Pardo Bazán misma sabemos que fué una grande y entusiasta admiradora de Turguénev y de la literatura rusa en general. En 1887 publicó en Madrid un gran libro sobre literatura rusa titulado «La Revolución y la novela en Rusia», en el que están recogidas una serie de sus conferencias públicas sobre Puschkin, Gogol, Turguénev, Dostoievski y Tolstoi, dadas en el «Ateneo» de Madrid. Pardo Bazán inició sus conferencias después de una minuciosa y meditada preparación, en la medida en que esto es posible para una persona que no conoce el idioma ruso. Cuando vivía en París, leía todo lo que se había escrito en francés sobre la literatura y la vida rusa: el libro de Vogué sobre la novela rusa, los trabajos de Leroy-Beaulieu, Rambaud, Viollet-le-Duc, incluso las traducciones de Karamzin y el «Canto de la incursión del príncipe Igor». Tropezando con dificultades para orientarse entre un material tan extenso, Pardo Bazán, según sus propias palabras, «pidió consejo» a algunos escritores rusos con los que logró entrevistarse

en París. Se puede suponer que entre ellos figuraba en primer lugar Turguénev, amigo íntimo de sus amigos franceses y frecuentador de los salones y reuniones literarias a las que ella también asistía. En todo caso, en su libro «La revolución y la novela rusa» se habla mucho y detalladamente de Turguénev.

«En ninguna parte del mundo—escribe Pardo Bazán—, la denominación académica de la literatura como una distracción agradable y un digno modo de aprovechar el ocio, es menos adaptable a la realidad que en Rusia. Porque el ocuparse de literatura no se ha convertido en Rusia en un oficio, como ocurre en Francia... El escritor ruso exige algo más: convencido de la gran importancia de su tarea, seguro de que está llamado a ejercer una actividad social, a contribuir al progreso de su patria que debe resucitar a la vida, no se deja seducir ni por el oro ni por la gloria puramente estética: quiere ser maestro y educador de generaciones». «...Nosotros consideramos la novela como un medio para distraerse durante una hora o dos en las noches de invierno, o durante la «siesta» en verano: en una palabra, como un medio para matar el tiempo. Los rusos la consideran de forma muy distinta: exigen que el novelista sea el profeta de un futuro mejor, el dirigente de la joven generación, el liberador del mujik de la servidumbre... Teniendo en cuenta este punto de vista de los rusos sobre la significación del novelista, no hay de qué sorprenderse cuando nos relatan que los estudiantes desenganchan los caballos del coche de Turguénev o que caían desmayados por la sola aproximación de Dostoievski».

Este gran papel social de la literatura en Rusia la hace ser un fiel espejo de la vida popular: eso atrae hacia ella a los extranjeros. «Rusia es ahora el pueblo más joven en Europa, el último que ha salido a la escena histórica; mientras los otros pueblos viven sobre todo de su pasado, éste se esfuerza por conquistarse el futuro». Se puede conocer a Rusia y su futuro

a través de su literatura; estudiemos, pues, la literatura rusa: así discurren las ideas de Pardo Bazán.

Es natural que en su exposición de las relaciones mutuas, entre la vida histórica rusa y la literatura rusa («La revolución y la novela en Rusia», como se denomina de un modo característico su libro), se dedique un destacado lugar a las novelas de Turguénev, a la historia de la intelectualidad palaciega rusa» de mediados del siglo XIX. Pardo Bazán analiza con amor y seducción todas las obras más importantes de Turguénev. Para ella Turguénev es, además, un artista incomparable. Al acusar a los novelistas rusos de «imperfección en la forma», libera de estos reproches solamente a Turguénev. En la novela rusa—escribe ella—«hay páginas sorprendentes, rasgos admirables, maravillas de observación y realismo, pero, con excepción de Turguénev, se ve en todos los novelistas una trama vulgar en la novela, que deja mucho que desear; falta de ligazón, de claridad, tras de las cuales, no obstante, se levanta una figura gigantesca, más imprecisa, pero también, más grandiosa que todas las creadas hasta hoy...».

El libro de Pardo Bazán, editado tres veces en 1887, contribuyó mucho a la popularización de Turguénev entre los lectores españoles: aunque si se cree a Pavlovski, Turguénev según opinión de Galdós, era «muy conocido» ya antes en España. Los datos bibliográficos sobre las obras de Turguénev traducidas al español parecen confirmarlo, pero hay que señalar que Dostoievski y L. Tolstoi han sido traducidos al español aun más completamente. Es curioso señalar que los españoles traducían con mayor gusto los cuentos y relatos de Turguénev: evidentemente han tenido un éxito particular «El canto del amor triunfante», novela corta dos veces traducida; también se ha traducido dos veces «Asia» (una vez bajo el título de «Annuschka») incluida en la recopilación que contiene también «Un incendio en el mar» y «Brigadier» (con el título de «Asia» se publicó la traducción de A. I. Haby). Luego se tra-

dujeron «Remanso de paz», «Lluvia de Primavera», «Primer amor», «La aventura del teniente Yergunov», «El espadachín» y «Por hilar muy delgado». No es difícil reconocer bajo el título «Un nihilista» a la obra «Padres e hijos». También fué traducido al español el famoso estudio de Turguénev «Hamlet y Don Quijote». Estos datos deben ser tomados en cuenta al escribir la historia general de la popularidad internacional de Turguénev, que, hay que esperar, será escrita pronto.